

803 Rp

MARCELLO CAETANO

UN HOMBRE

DISCURSO PRONUNCIADO EL 27 DE JULIO DE 1970
ANTE LOS MICRÓFONOS DE RADIO Y TELEVISIÓN.

158

803-Rp



MARCELLO CAETANO

UN HOMBRE

DISCURSO PRONUNCIADO EL 27 DE JULIO DE 1970
ANTE LOS MICRÓFONOS DE RADIO Y TELEVISIÓN.

SECRETARIA DE ESTADO DA INFORMAÇÃO E TURISMO

1970



S.N.I.
158
851

INCORPORACÃO

32

MARCELO GABIANO

UN HOMBRE

UN HOMBRE
UN HOMBRE

UN HOMBRE
UN HOMBRE

Hay figuras y ocasiones que no admiten retórica. Las frases, lejos de exaltar la gran personalidad que se extinguió, la disminuirían. Porque ella es bastante por sí misma, en su verdad, para imponerse a la admiración de los hombres.

Profesor respetado por la lúcida inteligencia con que enfrentaba los problemas y calaba las realidades, pensador claro, escritor de exquisita corrección y elegancia formal, Salazar fué llamado al gobierno como técnico, en un momento particularmente crítico de la vida portuguesa. Sin dramatismos, con tranquila serenidad, se limitó a aplicar como Ministro los mismos principios que enseñaba en la cátedra. Pero enseguida demostró, por el realismo con que enfrentaba los problemas, en su resistencia a las presiones exteriores, en la indiferencia tanto ante censuras como los aplausos, en la tenacidad con que sostenía las resoluciones tomadas, en la seguridad con que seguía las directrices trazadas, no ser tan sólo el profesor que sabía o el intelectual que discurría: era el hombre de fuerte

carácter e inflexible voluntad, en quien se ponían de manifiesto las más altas virtudes del estadista.

Se sanaron las finanzas del país. Y la vida regulada del Estado fué la base en donde se afirmó la solidez de la moneda, la disciplina de la administración, el resurgimiento de la economía. Muchos años de atraso habían privado al país de las infraestructuras necesarias al progreso económico: fué necesario hacer muchas cosas desde la raíz, tanto en la educación como en las obras públicas, y constantemente, durante su gobierno, se inauguraron escuelas, se trazaron carreteras, se construyeron puertos, se lanzaron puentes, se levantaron edificios ... para que los portugueses pudieran obtener mayores provechos de su trabajo y aspirar a una vida mejor.

La multiplicidad de partidos y su indisciplina habían dado a los primeros dieciseis años de régimen republicano un carácter tumultuario. Inestabilidad de gobierno, desorden social, crisis de autoridad, fueron los males que estuvieron en la raíz misma de la revolución del 28 de Mayo de 1926 y de la Dictadura militar que implantó. Era necesario encontrar una fórmula constitucional que permitiese poner término a la dictadura, sin el peligro de hacer regresar el país a la anterior confusión. Inspirándose en la experiencia política portuguesa y en el carácter del pueblo, Salazar fué el autor de la Constitución plebiscitada en 1933 y que todavía hoy nos rige. En ese diploma fundamental se consagró el sistema corporativo que introdujo en Portugal una sana, constante y progresiva política social. Prácticamente, nada se había hecho en beneficio de los

trabajadores: toda la legislación y organización que actualmente protege al mundo del trabajo, nació de ahí.

Pero ya otros horizontes reclamaban su infatigable atención: el Ultramar portugués esperaba un nuevo impulso civilizador. Ahí también Salazar traza sus planes, concibe una acción racional de ejecución metódica y, lo que era simple nostalgia se torna ideal colectivo; lo que parecía sueño se convierte en realidad; florecen las viejas ciudades africanas, surgen otras nuevas, la selva cede al impacto de animosas voluntades con reforzados medios de acción, poblaciones milenariamente atrasadas reciben el mensaje civilizador, se desentrañan de la tierra de los trópicos nuevas riquezas. Y quien conociera el Ultramar portugués de los años veinte de este siglo, apenas lo reconoce en la pujanza de su fisionomía actual.

Esa es la obra de civilización, para la que el Acuerdo Misionero aseguró el concurso de la Iglesia Católica, que en 1961 el estallido del terrorismo en el Congo vino a poner en peligro. Vidas, haciendas, la paz interior de Angola están en riesgo. Si hay injusticias que corregir, el Poder tiene fuerza suficiente para hacerlo. Pero importa defender a las poblaciones, a la obra civilizadora realizada, al propio futuro de la convivencia en una sociedad multirracial. Y Salazar toma la decisión histórica de enviar tropas «rápidamente y con toda fuerza», y de resistir a lo que entonces se creía irresistible sopló de los vientos de la Historia.

En contraste con los pensadores derrotistas del siglo XIX, este hombre de pensamiento, pero por encima

de todo gobernante de clara visión, luminosa energía y férrea voluntad, supo dar unidad a los portugueses e inspirarles ideales que resucitaron en ellos el espíritu de misión.

Para eso valorizó la Historia, con el propósito de encontrar ahí la motivación del futuro. El mismo fué un eslabón. Nada rechazó del pasado nacional que pudiera ser útil para edificar el porvenir. Portugal sufrió en su alma los estragos de un siglo de negación: él fué el gran afirmador de las virtualidades, de las certidumbres, de las posibilidades de Portugal.

Para sustentar los derechos portugueses en el mundo, forjó un ejército que en todas las ocasiones en que ha sido necesario, ya en la defensa contra amenazas de fuera, ya para sofocar subversiones de dentro, estuvo y está presente; reconstruyó la Marina; creó la Fuerza Aérea; dió a nuestra diplomacia uno de los períodos áureos de su Historia.

Pero si pretendía que el país no se encontrara indefenso, también tenía como preocupación soberana la de conservar o implantar la Paz. Le cupo enfrentar los dolorosos trances de la guerra civil española, cuya proyección histórica adivinó desde el principio. Y durante los años trágicos de la segunda guerra mundial, su constante preocupación fué sacar partido de las condiciones creadas en la Península Ibérica para mantenerla fuera del conflicto, como una zona de paz. Para defender a los portugueses del azote de la guerra pasó horas angustiosas, veló noches interminables, silenciosamente, sin que el pueblo ni siquiera

adivinase los peligros que corría. La imaginación de su genio diplomático y la excepcional prudencia de su tacto gubernativo, garantizaron a los portugueses los beneficios de la paz. Fué eso: un servidor de la Paz. Lo fué incluso cuando implacablemente castigaba el desorden y la subversión. Porque no se sirve a la Paz con la debilidad o el abandono, sino con la firmeza que evita las crisis, intimidando a los agresores y reduciendo a la impotencia a los agentes de la perturbación.

Dentro de su preocupación de gobernar en paz, quiso garantizar también a los portugueses la paz religiosa. Ante la libertad de cultos no olvidó la religión católica es profesada por la aplastante mayoría del país y está unida a las más genuinas tradiciones nacionales. Católico de toda la vida y fervoroso creyente, Salazar dió a la Iglesia portuguesa posibilidades y perspectivas que el Concordato con la Santa Sede vino a consolidar, según las concepciones de esa época.

Para valorar la obra de Salazar es necesario comparar el Portugal que él recibió al hacerse cargo del gobierno, con el Portugal que nos dejó. Recibió un país arruinado, dividido, convulso, desorientado, que no creía en sus destinos, intoxicado por una política estéril. Dejó un país ordenado, unido, conciente, seguro de sus objetivos y con capacidad para alcanzarlos.

Cuarenta años de gobierno no pueden transcurrir sin sombras. Gobernar es, necesariamente, descontentar. En el balance de una política, hay que enfrentar forzosamente un pasivo con un activo. Pero en esta hora de la verdad,

el saldo positivo es enorme. Salazar fué un gran gobernante. Fué un gran portugués. Y en las horas dramáticas en que solitariamente hubo de tomar resoluciones decisivas para los destinos nacionales, así como en aquellas en que sencillamente procuraba reintegrarse en el medio familiar de la aldea en que nació, en las alegrías como en las penas, en las virtudes como en los defectos, en los señoriales gestos de príncipe como en los escrúpulos de prudente administrador, en la dureza de gobernante como en las enternecedoras delicadezas de su sensibilidad, fué, en toda la dimensión de la palabra y en toda la dignidad de la especie: un Hombre.



2915

NB



EFG0000013763



S.N. 1